

respirar con libertad en una noche extensa y maldita. Su poesía es más que erótica: es lasciva y nocturnamente diabólica. Asombra la ferocidad de su concupiscencia y la profunda y deprimente soledad que la corona. "Perdí mi juventud", poema de admirable fuerza, crea la idea de un machismo maldito que en sus imágenes, procaxmente tiernas, evocan la poesía amorosa de Pablo de Rokha. En "Elegía", por otra parte, uno de los poemas memorables de Rojas, se afina todo lo impreciso y sentimental y el cuadro surge fascinante en su locura, preciso en su solución repentina, frenética, inevitable. Rojas crea certeramente la i usión de realidad en una asociación libre de imágenes surrealistas. Nada sobra allí; todo vive y alumbra en su locura: el hombre, la mujer, el acto, el mito. El poema se convierte en un espectáculo alucinante.

Poesía dura o tierna (cf. "Crecimiento de Rodrigo Tomás", p. 75), desnuda de toda retórica, dramática, al rojo vivo, en que rara vez brilla una imagen y en la cual el concepto se clava como un dardo en su blanco y queda vibrando, la de Gonzalo Rojas es negación obstinada del imaginismo huidobriano. Nadie mejor que él encarna la batalla contra la retórica del barroco chileno. En su poesía la idea es como un ácido que se aplicara para disolver, quemando, la bella palabrería de los magos de la imagen.

¹ Valparaíso, 1948.

² Cf. "El sol y la muerte", p. 11; "La eternidad", p. 13; "La poesía es mi lengua", p. 15; "El caos", p. 17; "La libertad", p. 19; "La sangre", p. 113.

Fábulas sin moraleja

Por Mario BENEDETTI

Dibujo de Lucinda URRUSTI

EL OTRO YO

Se trataba de un muchacho corriente: en los pantalones se le formaban rodilleras, leía historietas, hacía ruido cuando comía, se metía los dedos en la nariz, roncaba en la siesta, se llamaba Armando. Corriente en todo, menos en una cosa: tenía Otro Yo.

El Otro Yo usaba cierta poesía en la mirada, se enamoraba de las actrices, mentía cautelosamente, se emocionaba en los atardeceres.

Al muchacho le preocupaba mucho su Otro Yo y le hacía sentirse incómodo frente a sus amigos. Por otra parte, el Otro Yo era melancólico y, debido a ello, Armando no podía ser tan vulgar como era su deseo.

Una tarde Armando llegó cansado del trabajo, se quitó los zapatos, movió lentamente los dedos de los pies y encendió la radio. En la radio estaba Mozart, pero el muchacho se durmió.

Cuando despertó, el Otro Yo lloraba con desconuelo. En el primer momento, el muchacho no supo qué hacer, pero después se rehizo e insultó concienzudamente al Otro Yo. Éste no dijo nada, pero la mañana siguiente se había suicidado.

Al principio la muerte del Otro Yo fue un rudo golpe para el pobre Armando, pero en seguida pensó que ahora sí podría ser íntegramente vulgar. Ese pensamiento lo reconfortó.

Sólo llevaba cinco días de luto, cuando salió a la calle con el propósito de lucir su nueva y completa vulgaridad. Desde lejos vio que se acercaban sus amigos. Eso le llenó de felicidad e inmediatamente estalló en risotadas.

Sin embargo, cuando pasaron junto a él, ellos no notaron su presencia. Para peor de males, el muchacho alcanzó a escuchar que comentaban: "Pobre Armando, morir tan joven."

Inexplicablemente, el muchacho dejó entonces de reír, y, al mismo tiempo, sintió a la altura del esternón un ahogo que se parecía bastante a la nostalgia. Pero no pudo sentir auténtica melancolía, porque toda la melancolía se la había llevado el Otro Yo.

LA MEJOR

Había una vez un balcón con tres hermanas.

La primera tarde que el muchacho pasó, estaban en este orden: Gladys, Emilia, Irene. Él entonces pensó en voz alta: "La mejor es la del centro."

La segunda tarde que el muchacho pasó, estaban en este orden: Irene, Gladys, Emilia. Él entonces pensó en voz alta: "La mejor es la del centro."

La tercera tarde que el muchacho pasó, estaban en este orden: Gladys, Irene, Emilia. Él entonces pensó en voz alta: "La mejor es la del centro."

Pero cuando pasó en la cuarta tarde, sólo había dos hermanas en el balcón: Emilia y Gladys. Entonces él pensó en voz baja: "La mejor es la del centro." Después sonrió feliz y cauteloso; en realidad, Irene lo estaba esperando a la vuelta de la esquina.

LOS BOMBEROS

Olegario no sólo fue un as del presentimiento, sino que además siempre estuvo muy orgulloso de su poder. A veces se quedaba absorto por un instante, y decía luego: "Mañana va a llover." Y llovía. Otras veces se rascaba la nuca y anunciaba: "El martes saldrá el 57 a la cabeza." Y el martes salía el 57 a la cabeza. Entre sus amigos gozaba de una admiración sin límites.

Algunos de ellos recuerdan el más famoso de sus alardes. Caminaban con él frente a la universidad, cuando de pronto el aire matutino fue atravesado por el sonido y la furia de los bomberos. Olegario sonrió de modo casi imperceptible y sólo dijo: "Es posible que mi casa se esté quemando."

Llamaron un taxi y encargaron al chofer que siguiera de cerca a los bomberos. Éstos tomaron por Rivera, y Olegario dijo: "Es casi seguro que mi casa se esté quemando." Los amigos guardaron un respetuoso y afable silencio; tanto lo admiraban.

Los bomberos siguieron por Pereyra y la nerviosidad llegó a su colmo. Cuando doblaron por la calle en que vivía Olegario, los amigos se pusieron tiesos de expectativa.

Por fin, frente mismo a la llameante casa de Olegario, el carro de bomberos se detuvo y los hombres comenzaron rápida y serenamente los preparativos de rigor.

De vez en cuando, desde las ventanas de la planta alta, alguna astilla volaba por los aires.

Con toda parsimonia, Olegario bajó del taxi. Se acomodó el nudo de la corbata y luego, con un aire de humilde vencedor, se aprestó a recibir las felicitaciones y los abrazos de sus buenos amigos.

EL MENDIGO

Juan Pedro y Juan Carlos son dos almas religiosas y gemelas. A fin de año, cada uno compró un vigésimo de lotería. Unos días antes del sorteo, ambos fueron a la catedral y le pidieron al Señor que les hiciera sacar la grande.

Cuando abandonaban la iglesia, el mendigo de la escalinata les dirigió la súplica de rutina.

Juan Pedro pensó: "Voy a darle algo. No sea que el Señor crea que soy un miserable y no haga caso de mi plegaria." Y le dio un peso al mendigo.

Juan Carlos, por su parte, calculó: "Mejor no le doy nada. No sea que el Señor piense que soy caritativo nada más que para merecer su ayuda." Y no le dio nada al mendigo.

El vigésimo de Juan Pedro era el 2647; el de Juan Carlos era el 3259. El que salió premiado fue el 9776. Después de sus respectivos fracasos, cada uno de ellos pensó que el Señor había desaprobado su proceder frente al mendigo.

La estricta verdad era, sin embargo, que Dios había estado pensando en otra cosa.

DESTINO

En el horóscopo que le hicieron al Doctor A, se le anunciaba que un resfrío sería la causa de su muerte. El Doctor A nunca estaba resfriado, de modo que vivía tranquilo.

Una vez el Doctor A escribió un artículo en el que sostenía que el Doctor B era un inmoral. La ofensa no era demasiado grave, pero imprevisiblemente el Doctor B lo retó a duelo. El Doctor A tenía fe en los astros y no estaba resfriado, de modo que aceptó el desafío.

El día señalado, el Doctor A y el Doctor B recorrieron calmadamente sus respectivos tramos; después se volvieron, enfrentándose.

Ni uno solo de los testigos dejó de verificar que ambos duelistas apuntaban con buena voluntad y sin encono. Sin embargo, al Doctor B le vino un estornudo, su brazo derecho se desacomodó, y la inoportuna bala atravesó el bigote del Doctor A, antes de que éste pudiera decir: "¡Salud!"

LA EXPRESIÓN

Milton Estomba había sido un niño prodigio. A los siete años ya tocaba la *Sonata N.º 3, Op. 5*, de Brahms, y a los once, el unánime aplauso de crítica y de público acompañó su serie de conciertos en las principales capitales de América y de Europa.

Sin embargo, cuando cumplió los veinte años, pudo notarse en el joven pianista una evidente transformación. Había empezado a preocuparse desmesuradamente por el gesto ampuloso, por la afectación de su rostro, por el ceño fruncido, por los ojos en éxtasis, y otros tantos efectos afines; él llamaba a todo ello "su expresión".

Poco a poco, Estomba se fue especializando en "expresiones". Tenía una expresión para tocar la *Patética*, otra para *Niñas en el jardín*, otra para la *Polonesa*. Antes de cada concierto ensayaba frente al espejo, pero el público frenéticamente adicto tomaba esas expresiones por espontáneas y las acogía con ruidosos aplausos, bravos y pataleos.

El primer síntoma inquietante apareció en un recital de sábado. El público advirtió que algo raro pasaba, y en su aplauso llegó a filtrarse un incipiente estupor. La verdad era que Estomba había tocado la *Catedral sumergida* con la "expresión" de la *Marcha turca*.

Pero la catástrofe sobrevino seis meses más tarde y fue calificada por los médicos de amnesia lagunar. La laguna en cues-

ción correspondía a las partituras. En un lapso de veinticuatro horas, Milton Estomba se olvidó para siempre de todos los nocturnos, preludios y sonatas que habían figurado en su amplio repertorio.

Lo asombroso, lo realmente asombroso, fue que no olvidara ninguno de los gestos ampulosos y afectados que acompañaban cada una de sus interpretaciones. Nunca más pudo dar un concierto de piano, pero hay algo que le sirve de consuelo: todavía hoy, en las noches de los sábados, los amigos más fieles concurren a su casa para asistir a un mudo recital de sus "expresiones". Entre ellos es unánime la opinión de que su *capolavoro* es la *Appassionata*.

ESTRENO

Cuando cayó el telón del segundo acto, los tres críticos, cada uno en su fila, observaron con curiosidad el aplauso de sus vecinos.

Después se encaminaron lentamente hacia el hall, encendieron sendos cigarrillos y partieron sin vacilar hacia el habitual punto de cita, junto al caramelero.

—¿Y? —dijo el primer crítico, ansioso de abrir el tanteo preliminar.

—Hmmm —dijo el segundo.

—No tanto —dijo el tercero.

RATONES DE BIBLIOTECA

Tres ratones de biblioteca que se encontraron en un restorán, pidieron, como es lógico, libros a la milanese.

Cuando ya estaban en los postres, uno de ellos dijo: "Goethe siempre me cae pesado, pero no puede negarse que tiene su sabor."

El segundo ratón comentó: "Yo sé que más tarde este Ionesco me provocará retortijones, pero no puede negarse que tiene un picor deliciosamente *snob*."

El tercer ratón exclamó entusiasmado: "Les puedo asegurar que hace años no comía nada tan delicioso y estimulante como este Shakespeare."

"¡Qué Shakespeare ni qué ocho cuartos! —protestaron los otros dos—. Lo que tragaste era un autor nacional."

Entonces el tercer ratón bajó la cabeza muy avergonzado.

